

Nathaly Chaucañés Rivera

Egresada en Filosofía y Letras, Universidad de Nariño.

Lágrimas

Llegan por la ventana y golpean hasta los huesos,
también se asoman por la gotera de la casa
a la espera de una sonrisa,
bajan...
las veo como cogidas de un dedito
luchando contra la inercia de su tristeza,
esperan la llegada del viento efímero
que pase a sus espaldas
como si llamara a la muerte,
la única capaz de desgarrarlas
para llegar completas a la tumba de sus
secretos;
son débiles,
se dejan arrastrar
y caen pulverizadas al suelo,
sin vida... sin nada.

Del no ser al ser

Entre lo que estuve e iba a estar
No estoy,
Entre lo que hice e iba a hacer
No hago,
Entre lo que amé e iba a amar
no amo,
Entre lo que fui e iba a ser
no soy.

En otro espacio y otro tiempo,
es una muerte temprana,
es un arrastrarse entre las cenizas
y sacudirse un poco,
es buscar un bastón y una lámpara
para llegar hasta la orilla.
es poner una silla en medio del universo
para contemplar la nada, la oscuridad
y que de allí, de la soledad
renaciera cada célula, cada partícula
y formase un cuerpo, un palpitar,
y volviera a bajar a la tierra
y se asombre ante los nuevos amaneceres,
adquiera el poder de crear luz,
con un acto, con una palabra, con una sonrisa,
que se lanzase al riesgo y se volviera a desbordar
en abismos plagados de flores y malezas.

Encuentros

En esta noche cálida se le desgarran el corazón,
ve su imagen en medio de la niebla
y del otro lado el sueño de la noche.
se esfuma de entre las sombras cuando ve que viene
y los ojos se convierten en círculos en los que danzan
para que luego todo cayera en la inercia de los suspiros.

Sin saber más, ni siquiera lo que hay para dar
busca el gemido de una luna que se desplome en su pecho,
busca la oscuridad para chocar con las estrellas
que dan la luz para mirar con los ojos cerrados,
pero cuando la noche muere solo queda el rescate de un aura
que al ahogarse en lagunas de recuerdos
llega a lamer la tierra pulverizada en el desprecio
e inquieta con las ansias de sentir la vida,
de palparla,
paso a paso, poro a poro.

Reconocer la soledad

Reconocer la soledad es el primer paso,
sobrevienen las sonrisas,
una palabra joven en la mañana
y el tacto un tanto atrevido en la noche,
sobreviene transpirar ideales
y meterse en los ojos a ese alguien,
pero llega la fatiga,
la piel ajada, el cuerpo frío
y surgen los deseos de conocer otros universos.

Así, cuando se da el segundo paso
se encuentra la libertad
al precio de cicatrices tatuadas en el alma,
pero todo fluye, nada se estanca
y al voltear la esquina
solo queda el recuerdo tatuado de lo que fue.

Allí llega el tercer paso,
reconocer que nuevamente se está solo
para mandar un adiós al ala de un ave,
una sonrisa de luz complacida por lo que fue,
lo que se aprendió
y ser dichoso al saber
que quedan nuevas aguas por remar.

Tierra de amantes

Sobre la tierra están, caen,
se levantan para que los cobijase
una vez más por el verde prado;
es la tierra su cordón umbilical
que les insufla vida para no enredarse,
dar un paso..., dos...,
sentirla a pies descalzos
y con ella saber del tacto que acaricia,
saber de los granos dorados
que ya no palidecen en sus manos
y les muestran los colores del arco iris
que transita juntado con el aire, con el agua
y genera una chispa de fuego
que enciende los corazones
de los amantes taciturnos.

La noche a sus espaldas

Puede ser la noche a sus espaldas
o un grano de agua
que se quiebra en su ventana,
que taladra sus sentidos
o quizá el día eterno y efímero
que desea arrebatarse una sonrisa
cuando las flores se suspenden
al ver la llegada del final de año,
o una letra que se plasma
en el viejo muro de la calle séptima
que cree ser poesía al saberse libre
cuando lo roza el viento.

Al no saber, se queda con los universos libres
que no encuentran diferencia
entre la vida y la muerte.
Al caso, ya no recurre a la vieja historia,
tampoco ansía el devenir;
es que no puede ofrecer vino con la copa rota,
pero se bebe la vida en cada respiro
y la muerte en cada suspiro.

Maullido sepulcral

Hay un maullido sepulcral
en el corazón de Sofía
que en la noche da saltos
y juega a la muñeca escondida.

A las tres de la mañana, cuando oye a la otra,
su latido se muerde aunque dormida,
se dispara hasta subir las escaleras
y el otro cree que son unos ladrones,
pero es Sofía, ufana por ver a la otra
que le escudriña el corazón aún dormida.

Tiene la llaga de otro dueño
que la envió para que con su áspera lengua la
tocase
al creer que, al ser dos, se pueden juntar;
el dueño y la otra de vez en cuando se reúnen
a llorar
y Sofía lame las lágrimas
con las que urde un maullido sepulcral.

Árbol fértil

La ha mirado desde sus sedientas raíces
con pestañas húmedas
que caen al núcleo de la tierra engendrada,
lo ha sentido desde la copa del árbol
al contar pétalos que musitan sus nombres
han recorrido la savia hasta llegar al fruto.

Nacieron con causa otorgada por la tierra,
por su árbol fértil que los trajo hasta aquí,
son oro, son agua
y con gritos al aire
se identifican con el sello de su tierra.

Insaciable sed

Hay tanta sed, Alejandra,
que se parten los labios en los versos de
amor;
también, hay tanta soledad
que desearía unos gemidos del infierno
en las paredes.

Ves calles de desolación
y hojas del invierno seco tiradas al
desnudo
y hay algo que rompe los huesos,
puede ser el viento amarillo que sacude
las páginas flojas,
pero hay algo que desearía en el oscuro
banal del hastío,
es un libro por leer, un ansia desde los
doce años.

No quiero pasos a la deriva,
aún quedan retazos de sueños azules
que afloran en la cansada mañana,
aún quedan quimeras
que arrebataron la loca tarde de vacío.

Aún queda otra banal sonrisa por crear
y otros libros por leer en esta melodía
de vida rota
y falta un poco de sangre para llorar
y falta fuego en el mudo lenguaje.

Desearía sonreír esta tarde
y salir al otro lado del jardín
ahora que cesan las palabras,
pero espanta pensar en el incierto
alivio que se oculta
y alegra saber que hay otra agua que
me bebe
y otra cara que me soporta.

Viajera de la inmensidad

Se para en el risco de una montaña
y siente el verde palpitar de la madre
tierra,
huele su cristalino aroma que surge de
su vientre,
deja al viento que sople en su cara
y junto a una piedra lanza sus semillas
para que brotasen en tierra fértil.

Contempla el horizonte
y ve ráfagas de colores,
es el arco iris que purifica
y quita los sinsabores de la vida,
respira...
rueda en la verde llanura,
y la madre tierra le acoge en su matriz,
y le permite beber de la sabiduría
que se desborda en el arroyo de su
entraña.

Escucha el canto de las aves
y es música para sus oídos,
ve la verde naturaleza,
sus montañas, sus ríos
y se recuesta en ellos
para que la corriente sane las heridas.

Da gracias a la madre tierra
por armonizar
en el desequilibrio constante de la vida
y hacer comprender que es una más
en viaje hacia el sueño de su
inmensidad.